

# EL LIBERALISMO Y EL HUMANISMO

## ANTE LOS PROBLEMAS DEL PRESENTE

---

Pocas veces habráse visto, como en el presente, sufrir vuelcos tan grandes a la conciencia humana.

De la serena paz que el mundo disfrutaba hace una década, en la que veíamos elaborarse y prepararse los grandes problemas sociales que agrupaban a los hombres por encima de los límites de las naciones y encaminaban a éstas hacia la esperanza de una concordia fructífera, planteando nueva forma a los ideales colectivos, se pasó al frenesí de una contienda innúmera, a cuyo ritmo se acordaron todas las energías encendiendo los odios, que no apagados, sino dormidos, se aquietaban en el silencio de los años en que el acrecentamiento del saber maduraba los perfeccionamientos científicos e industriales.

El incendio, llenando con sus resplandores todo el ancho camino de la civilización, tejió sobre las poblaciones aterradas un anhelo de descanso y de renovación que parecía preñado de promesas. Sobre ellas germinó y fructificó el armisticio de 1918 y creíamos, entonces, que la ruta abandonaba los eriales, penetraba por el bosque amigo y remataba en la puerta de la reorganización social. Cesaron los ruidos del cañón, y como si sólo se hubiese esperado su silencio, los tronos todos de Europa, ya vacilantes, substituyeron el fragor de su caída al de las armas en descanso. El liberalismo alborozado vió cómo sólo quedaban en pie aquellos que no son más que imagen de realeza y que han substituído a la abdicación absoluta, una abdicación

permanente, de todas las horas y ante todos los problemas. De la misma manera que la aurora prístina, de rosados dedos, señala el despertar de la nueva jornada, así pudo creerse en el despuntar de un alba de conquistas espirituales para la humanidad y de más alto resultado para el objetivo de las naciones. De este modo el escándalo de la guerra habría mitigado sus horrores con una compensación de común beneficio, y la sangre derramada habría servido para fecundar simientes bienhechoras, en cuanto es posible que grandes males puedan algún bien alumbrar. La soberbia y la avaricia de clases y estados parecían deponer sus ansias ingentes en holocausto a una concordia orgánica que desatara los peligros de la agresión y recluyera, en sus más oscuras prisiones, la discordia y el quebranto entre cuyas espinas parece que inexorablemente debiera moverse la humanidad. Las poblaciones, extenuadas por la destrucción y el dolor, debieron soportar inermes toda la avalancha de la guerra, y a sus esfuerzos inauditos debiéronse los espectáculos de magnificencia y de estupor que el inmenso conflicto debía ofrecer ante la enormidad de las fuerzas en contraste.

Pero este aspecto de la postguerra más fugaz resultó que la fortuna de un gobernante y los hombres que lo encarnaban se disiparon como fantasmas dibujados por la niebla, cuando el vendaval insinúa sus arpegios. Wilson, sobre otros, pareció ser un simple miraje, y todo el edificio fabricado sobre sus meditaciones de pensador y de filósofo, desechado, en primer término, por su propio positivista pueblo, se desvaneció sin estruendo, como si fuera el audaz pensamiento de un soñador, lejano de las realidades militantes de la tierra. Si bien el humanismo debía mirar con inquietud esta fácil derrota del pensamiento filosófico, en el que pudo esperar que se ocultara el germen de las esperadas redenciones que se promete la humanidad cada vez con más fervor desde el primer consorcio de que no nos habla la historia, nunca pudo sospechar que las fuerzas antagónicas con premura tanta se avisaran al combate.

A la muerte de estas rubias esperanzas sucedió, casi de improviso, un ardoroso renacer de las huestes conservadoras : avasanzadas a la lucha, disciplinadas en su organización, aún fuertes

y acaso más fuertes que anteguerra; aprovecharon la turbidez que en las aguas dejara la gran tempestad para hacer pródiga cosecha y esgrimiendo el espectáculo ruso, a su manera presentado, supieron engañar una vez más al pueblo ignaro para proponerse y lograr de él su embanderamiento bajo el emblema real, bajo los símbolos religiosos, bajo la soportada garra del capitalismo. Aquí nace una república judía, esto es, religiosa y por tanto reaccionaria; allí los sentimientos místicos, distraídos de ese cauce, retornan a las sendas católicas; más allá el pueblo liberal se aparece realista y nos habla de conciliar con el papado sus viejas y bien nacidas diferencias, olvidando su carácter — sólo adormecido — de enemigo de la nacionalidad y de la vida; allí cerca las fuerzas conservadoras se adueñan del poder, abatiendo a lo poco de liberal que quedaba en él; más allá, ultramar, la fiebre del oro, como ola irresistible que se levanta por encima de las altas torres, todo lo abate y lo sepulta, ocultando hasta el rastro de la más leve forma de idealismo; y entre nosotros mismos no es mucho mayor de dos años el tiempo que corre desde que el torrente de la reacción está en marcha.

La puerta se clausura de nuevo, si es que se alcanzaba ya a entreabrir cuando la ruta fué abandonada. Y todos ponen la justicia en sus labios, mas ninguno la siente en el corazón, y si acaso alguno la siente no la pone en acción si llega a salirle a la palabra.

La violencia, arrebatada al individuo por el grupo; a la familia por la urbe; a la ciudad por la nación, estalla ahora entre los estados y éstos se hieren con las armas económicas, esgrimidas sin embozo, como si la civilización no hubiera querido conducir a la armonía y conciliación universales, sino al predominio, hartamente transitorio siempre, en verdad, de unos pueblos sobre otros. Las fronteras, aún las más abiertas, de algún modo se cierran y el país que tiene el poder de afligir al vecino o al extraño de un modo cualquiera que no se torne perjuicio para sí propio, lo usa despiadadamente, buscando tan sólo acrecentar su poderío y sus riquezas, indiferente al dolor que pueda causar para lograrlo.

La soberbia, engendradora de todos los desórdenes, despierta

la vanidad y con ella la malvada sed de oro — *aura sacra famis* — y de poder de donde brotan todas las exacciones, porque para acumular el oro preciso es apropiarse del producto del trabajo ajeno, y para aumentar el poder, necesario es dilatar el campo del dominio o sojuzgar ajenas libertades. Ya hemos visto a qué extremos nos ha conducido el militarismo, cuando de auxiliar de las sociedades pasó a ser su dictador y su desmedido pulpo; ya veremos a lo que nos conducirá el capitalismo si continúa siendo en lugar de un servidor útil de la mente humana y del hombre omnipotente, un tirano sin freno; nuevo Erichsitón no sólo devorará en vano todo el patrimonio humano, sino que sacrificará hasta sus propias criaturas para saciar su apetito inagotable, hasta que le llegue la hora de hincar en la abultada carne el propio diente. No de otro modo la loba dantesca demanda el lebrél que la recluya en el obscuro fondo del tártaro.

Indispensable es que la filosofía se aperciba a declarar la omnipotencia y la soberanía del hombre, así como la economía, el poder y la superioridad del trabajo humano.

Todas las fuerzas y recursos del universo deben considerarse como engendrados para el uso del hombre y para la satisfacción de sus necesidades físicas y del espíritu. El astro remoto que se mueve en el confín del espacio disimulando sin éxito su masa gigantesca en el débil fulgor con que se nos presenta; el fecundo señor del firmamento que hace fructificar las mieses, derramadas por el brazo poderoso sobre la generosa redondez de la tierra; el viento alado que recorre las vastas planicies etéreas; el inmenso árido reino de las ondas; toda la fauna de la creación desde la sierpe que se esconde entre las hierbas, hasta el pajarillo que nos llama con sus trinos en la verde fronda, o la lamia veloz. Todo, con las vastas riquezas de la creación, son del hombre y sólo en cuanto son útiles al hombre debemos mirarlas, sea que su magnificencia procure goces para el espíritu que ninguna creación humana pudiera depararles parecidos y que inciten a la mente a abandonar por momentos el apremio de las cosas materiales y de las necesidades inmediatas para escalar a la esfera del pensamiento puro, dentro del cual, en verdad, es que se

mueve tanta urdimbre maravillosa, así en los reductos que se hallan al alcance de nuestros sentidos como en aquellos que, superándolos, han requerido crear los ojos de la mente para desentrañar su extraordinario contenido, la gama infinita de sus recursos, o la no menos extensa de sus asechanzas.

Esta es la riqueza colectiva de la humanidad y su dominio indisputado le puede construir un imperio fabuloso, no compartido con ninguno y que fielmente permanecerá a sus plantas, si es su voluntad mantenerlo esclavizado a sus necesidades por siempre. Todo otro organismo que quiera disputarle el dominio del universo, deberá por fuerza ser una creación espiritual humana y por tanto un autosacrificio, insensato, si de él no nace un evidente e indiscutido bien para el hombre.

Toda esa formidable concepción mental que representa el universo y que llega al espíritu por los sentidos, en el cual cobra realidad y magnificencia, es, lo dijimos, cortejo de asechanzas para el hombre desvalido de razón; las fuerzas naturales, las intemperancias del clima, el desborde de los elementos, la necesidad de alimentarse, la enemistad de breñas y alimañas, la labor ignorada de los microorganismos, todo lograría abatir en poco tiempo al hombre ignorante y débil, como entrar en el mundo, si el poder de su mente no transformara en fuerzas amigas todos esos flagelos y si en cada uno de ellos, merced al estudio y al esfuerzo, no encontrase elementos para obtener nuevos beneficios y otras satisfacciones y lograra aplicarlos en provecho de la agrupación humana. Así llegamos a la dicha como premio de nuestros esfuerzos por alcanzarla, según la antigua frase de Xenofonte.

Y este esfuerzo, sostenido y acumulado por las generaciones, constituye el haber positivo humano en constante acrecentamiento. Quien contempla en su conjunto la labor realizada por el hombre desde los orígenes de la historia hasta nuestros días, motivos tiene para maravillarse ante el acopio inmenso de saber que ello representa: el secreto de la constitución de las estrellas; las leyes que rigen el universo; la historia del astro que habitamos; el poder del calor; la naturaleza íntima de los elementos; la organización remota de la materia; la utilidad de los productos de la naturaleza; la aplicación en provecho de todos

de las fuerzas visibles o escondidas que nos rodean ; el poder de transformar nuestros rudimentarios recursos personales y de multiplicar sin límites la potencia muscular ; la invención que nos ha permitido recorrer las vastas salas del espacio, como el seno pobladísimo de los mares y las remotas regiones hiperbóreas ; por la que hemos logrado adaptar a nuestras necesidades la dilatada superficie de la tierra, el curso de los ríos que se despeñan por la ladera empinada o se deslizan por la ancha llanura, el bosque enmarañado, la costa bravía azotada por el huracán, el viento que corre libremente, el sol que fecunda por doquier, la movable arena y el reseco pedregal. Quien pudiera ver cómo combatimos el dolor y vencemos la enfermedad ; cómo organizamos las relaciones del comercio, cómo entretejemos el sabio mecanismo industrial, cómo legislamos las relaciones entre los individuos de la colectividad, cómo, en fin, por grados, vamos modelando cuanto se pone a nuestro alcance a la vez que el acerbo del arte, en sus variadas formas, ha acumulado riquezas memorables, así surgidas de la mente de Esquilo, como del cincel de Fidias, de la fantasía de Dante, de la paleta de Leonardo o del genio de Bach. Quien viera todo esto, quedaría sorprendido, singularmente, al considerar que ese mismo intelecto providente no ha podido engendrar un espíritu de concordancia entre las naciones, un espíritu de justicia social entre los hombres, que pusiera equidad económica entre todos los de buena voluntad ; que asegurara contra las inclemencias del frío y del hambre a todo aquel que se mire dispuesto a concurrir a la obra común con un esfuerzo proporcionado a sus facultades, que no proteja a la madre y al niño, y al anciano, y al enfermo.

El momento es, pues, precisamente, opuesto a estas graves aspiraciones, tan nobles, sino más, que cualesquiera otras de las que se haya formulado o se proponga en la actualidad al estudio y a la meditación.

Muchos siglos han pasado, o debieron pasar, desde que el principal deber del ciudadano consistía en dedicar todos sus esfuerzos para hacer su patria temible en el extranjero y tranquila en el interior. Hoy ya el ideal de patria se ha ennoblecido y perfeccionado, superándose a sí propio y por él debemos tender

a que la nuestra sea respetada no por sus armas, sino por sus virtudes, y que la paz interior no sea la de la resignación ante cualquier estado de conciencia y la de conservar lo existente, cualquiera que sea su contenido, sino, por el contrario, la inquietud espiritual, que lleva la rebeldía al pecho de la juventud y en los mayores les conserva el ánimo flexible para aceptar todo perfeccionamiento social que los tiempos vayan incubando.

Vano es que las fuerzas conservadoras cierren sus filas; no corresponde a su sentido presente el dominio de la mayor conveniencia humana y es inevitable el retorno a los principios liberales y a los más puros sentimientos humanistas: *¡ tanta est presentia veri!* Nada supera, en efecto, al poderío de la verdad.

Empero, no nos confiemos tan sólo en el poder de la verdad; su eficacia será tanto mayor cuanto más nos apercibamos a sostenerla y esgrimirla. Podrá la verdad abrirse brecha por entre las más tupidas redes del error; podrá ella hacer la conquista de nuevas fortalezas alcanzando sus últimos reductos; podrá franquear los fosos, derruir los palenques, asaltar las poternas y escalar los matacanes para alcanzar por el adarve los más encumbrados atalayas, pero si no le asiste la voluntad decidida puesta al servicio de su triunfo, el curso de los años verá pasar multitud de veces el sol por los mismos signos, antes de que quede conquistado el puesto de avanzada. Los mismos que hoy han corrido a engrosar las huestes conservadoras, cuando anoten la convicción y la empresa en la campaña por las vindictas de la nueva equidad, abandonarán sus recientes banderas y acudirán a los nuevos pendones para afirmar la soberanía del hombre, sobre las cosas, las ideas y los organismos y sólo abdicarán del hombre por la colectividad de hombres, de la colectividad por la patria, patria de hombres, y la patria coexistente y concordante con la humanidad, unidad dentro de la unidad, como en la hipótesis cristiana el Dios uno es coincidente con el Dios trino indivisible. Porque la grandeza de la patria consiste, precisamente, en que reúne a sus hijos, dentro de su ley, con un mismo objetivo de perfeccionamiento y de purificación que

la justifica, y que ha podido hacerla fuerte; y aunque débil ante la fuerza, resulta fuerte ante la razón y el ideal y por el ideal y la razón.

Tal la Atenas de Milcíades en las llanuras de Maratón; tal la Francia revolucionaria ante los ataques del realismo coligado. Producto la una de aquel fabuloso enjambre que tuvo su despertar en Mileto por los 640 años antes de la era vulgar y que no descansó de alumbrar genios en tres siglos ejemplares que jamás se borrarán de la memoria de la cultura universal; hija la otra de aquel movimiento espiritual que arrancando de Locke, filósofo de la revolución inglesa, debía desbordar en los pensadores que durante siglo y medio inundaran la tierra con sus sueños de libertad. Edades comparables sólo con aquellas floraciones del siglo romano de Virgilio, el no menos esplendoroso de Florencia desde Dante a Miguel Ángel, y la epopeya de nuestra emancipación política y civil, desde la mayor juventud de Belgrano hasta la organización nacional y los filósofos que la comentaron y predicaron.

Concordante con el principio de que la naturaleza toda debe mirarse como destinada al hombre, ha de establecerse que éste utilizará toda su potencia de trabajo y la utilizará en la dirección del acrecimiento de la cultura pública, esto es, en la persecución de todo cuanto puede embellecer la vida, sea ello en el orden espiritual, moral o material; cuanto conserve la salud del organismo y acreciente su poder; cuanto dignifique los fulgores del sentimiento; cuanto, en fin, procure afables goces al hombre, coincidentes con estos objetivos primordiales.

Si el hombre es inteligente y por su inteligencia dispone de armas sin parecido para usarlas a su albedrío, le es indispensable manejarlas, y, sin duda, como hemos definido, debe manejarlas con provecho, es importante proclamar que el éxito de la acción no depende tanto de la excelencia del arma cual de la firmeza de la voluntad que ha de esgrimirla.

Tanto vale proclamar la omnipotencia del trabajo. Podrá afirmarse, con razón, que el rendimiento útil varía considerablemente de un individuo a otro, según sean sus facultades y la cultura de su espíritu, postulada la misma voluntad en el trabajo; pero aparte de que nadie puede hacer más que lo que sus



fuerzas le señalan, si esto es exacto en los individuos no lo es tanto en las colectividades y deja de serlo por entero en las grandes agrupaciones, cuando el nivel de su cultura no es muy desemejante.

En esto, la ley de los grandes números halla su aplicación como en todos los casos y un enjambre humano numeroso, animado por un espíritu de labor sostenido y hondo, capaz es de transformar su propia vida en pocos años y redoblar su capacidad productiva.

Sólo el trabajo es constructivo: cuando el pueblo se propone un objetivo y tesoneramente a él se encamina con energía, no desmayando en el trabajo un instante, seguro es que el objetivo será alcanzado y aun superado en menos tiempo del que pueda pensarse.

Fuera del trabajo es imposible la salud: y el que no lo realiza se coloca al margen del derecho y de la vida; ya lo dijo la palabra severa del apóstol en la segunda de las trece epístolas: *si quis non vult operari, nec manducet*, y que por natural coincidencia de espíritu místico habrían de expresar los hombres del comunismo ruso en su apóstrofe central: « Quien no trabaja, no come », y que por natural coincidencia de espíritu filosófico repiten los ateos diciendo que ponemos el sumo amor en la humanidad y sólo meditamos en su engrandecimiento.

Así, descontadas las facultades humanas hasta lo que de ellas puede hacer el alto estudio, desde que son realidades naturales, el hombre omnipotente lo es por su capacidad de trabajo omnipotente. El trabajo, que pone a la nave *Argos* en el camino de Cólquide, el que elabora los preceptos de « la política », el que lleva a Tomás a reunir su código filosófico y teológico y a Hércules a aumentar el peso que gravitaba sobre Atlas, el que eleva las pirámides, el que acuerda a la ciudad eterna el cetro universal, el que dirige las carabelas y engalana los muros de la capilla sixtina, el que agrega a las armas peninsulares los imperios azteca o incásico, el que nos da libertad y organización, en fin, es el constructor de la grandeza y de la historia humana.

Con el trabajo aplicado al bien las poblaciones no necesitarán apropiarse del fruto de la obra ajena, ni les será preciso

defenderse de ellas, como lo ha probado el pueblo británico al tener sin candados sus puertas durante tantos años de libre prosperidad.

El pueblo que pone su mente en el trabajo, lo aparta por fuerza de la conquista y la agresión, por eso los gobernantes que aplican tanto esfuerzo a la guerra y al pillaje y derivan el pensamiento popular de su acción constructiva hacia el imperialismo, son malvados a quienes perseguirá la execración humana, cuando siglos más venturosos consideren nuestra obra desde otros más altos sitios en la evolución histórica. Cada cual pensará defenderse declarando que no fué su propósito agredir sino repeler la agresión, y que tuvo de su parte la razón, pero los tiempos que nos llamen generaciones pasadas le replicarán con la frase de ese límpido filósofo que fué Agustín Álvarez — cuyo recuerdo jamás se aparta de mi memoria, como de la del discípulo al maestro amado: — nunca se tiene razón cuando se emprende una guerra o se riñe con un amigo, aunque esté la razón de nuestra parte.

Como clausuremos el camino del liberalismo y del humanismo, como persistamos en retornar a las gastadas sendas, como cerremos los ojos ante las catástrofes que han derramado sobre nosotros las ideas del pasado, estaremos sembrando nuevas desarmonías, y preparando para nuestros hijos iguales iniquidades; nuestra generación dejará tristes recuerdos en los anales de la historia, y no aparecerá en ella, por cierto, cubierta de honor sino mancillada por la inferioridad de su obra, espiritualmente considerada, y por el grosero contenido que ha caracterizado su acción.

No queda otro recurso que acudir a la cultura pública en demanda de su auxilio para que con él sea posible elevar la visión y los objetivos; difundir la escuela, difundir el colegio, difundir la Universidad y si puede argüirse que quienes nos han llevado a la guerra, al capitalismo y a la exacción son, justamente, los gobernantes y hombres cultos, hay que pensar que les ha faltado el control del pueblo igualmente culto; lo han usado como recua y han arrastrado con su palabra el tropel inculto llevándolo por donde no su mente le trazaba, sino su ambición los dirigía. Cuando no sólo el analfabetismo haya sido

destruido ¡triste cosa que de ello pueda seguirse tratando aún, cuando la grandeza y el fausto adornan nuestras ciudades! sino que toda nuestra población haya pasado por la enseñanza media y superior y ésta tenga el carácter y la universalidad que los tiempos le marcan, otros rumbos serán los que sigan las colectividades, cada conciencia será un quilate armado de las disciplinas del saber, y la humanidad, emancipada de las trabas animales que trae al nacer, no podrá ser sorprendida fácilmente por los directores, conservará su independencia de juicio y no podrá ser derivada del rumbo que su conciencia colectiva libre le señale, juicio que, por virtud de su instrucción, se encaminará al bien y al trabajo, elementos con que se construye el afecto universal, predicados por todos aquellos que, desde el silencio de su retiro de ascetas desinteresados, han marcado derroteros y educado, con sus ejemplos y parábolas y con su obscuro decir, a los hombres de todos los tiempos.

No hemos de alcanzar a ver, los que aún vivimos todas las etapas de este proceso de elevación cultural pública, y no faltará quien vea, también, su transgresión, seguramente pasajera, pero la conquista perdurará y será pedestal de una nueva grande civilización. Así Sócrates pone la dicha en la virtud, su discípulo Antístenes, la virtud en el desprecio de las riquezas y de los sensualismos y, a su vez, Diógenes, discípulo de éste, la vida en el desafío a la fortuna y sus favores: quería el uno dulcificar las pasiones, corregirlas el otro, destruirlas el tercero, pero la filosofía duradera consistió en la del maestro del saber que no fué dominado por otra pasión que la del estudio y que ha llevado a la fama universal el nombre de Estagira, examinando por la observación y la experimentación, no sólo las propias pasiones y los aspectos todos del espíritu, del corazón y del sentimiento, sino la naturaleza entera, el gobierno, la política, las ciencias, las artes, y cuyas doctrinas fueron la suma del proceso de cultura secular, que naciendo en Tales pasó, a la vez que por cien filósofos más, por esos estudiosos que fueron Pitágoras y sus hijos, Demócrito, Protágoras, Empédocles, Amaxágoras, Euclides, Architas, Aristipo y su hija, que fundan la escuela cirenaica, como el de Megara fundara la de esta ciudad y el filósofo la de la Academia.

Sobre una serie análoga, pero de generaciones cultivadas, se elevará la nueva gran civilización.

Y de esa gran civilización corresponde a nuestras generaciones y las sucesivas asentar el pedestal, si no quieren dejar tanto vestigio de su paso por la tierra, como en el firmamento el aerolito que cruza la atmósfera y se aleja luego, para siempre, del radio de atracción del planeta.

N. BESIO MORENO.